

La concepción de la historia y de las ciencias naturales en la teoría de Edward H. Carr

por

Pedro M. Rosario Barbosa⁺

En el capítulo 3 del libro *¿Qué es la historia?*, Edward Carr trata los temas de historia, ciencia y moralidad. Aquí sólo trataremos el tema de la relación entre la historia y las ciencias según desarrollada en ese capítulo.

Carr comienza el capítulo criticando a diversos pensadores que han concebido la historia a imagen y semejanza de las ciencias naturales. Específicamente menciona a algunos autores quienes hablan de las “leyes de la historia” como si fueran leyes de las ciencias (109-110). Él se refiere al prestigio de las leyes científicas desde los tiempos de Newton y Galileo, y hace referencia a la manera en que algunos historiadores trataron de hablar de la “ley de la historia” de la misma manera que las ciencias hablan de la “ley de la evolución” (109-110).

Después de referirse al texto de Henri Poincaré y su fabulosa obra *Ciencia e hipótesis* y sus aserciones sobre la visión convencionalista de las ciencias, Carr habla de la inducción como una parte del método científico (110-111). En un momento dado, dice Carr lo siguiente:

Es cosa admitida que los científicos no hacen descubrimientos ni adquieren nuevos conocimientos mediante el establecimiento de leyes precisas y generales, sino mediante la enunciación de hipótesis que abren el camino a nuevas investigaciones (110).

Más adelante menciona explícitamente “el método científico” del cual la inducción y la formulación de hipótesis que luego de varias pruebas (“test”) empíricas se pueden modificar, refutar o aceptar (110-111).

Es bien importante hacer los siguientes señalamientos para evaluar la apreciación de Carr sobre la historia. En primer lugar, desde que Karl Popper escribió su *Lógica de la investigación científica*, y W. V. O. Quine escribió sus “Dos dogmas del empirismo”, se ha puesto en duda las dos conceptos que Carr asocia con la actividad científica: el método científico y la inducción. Desde las críticas de Hume se sabe que no es lógicamente posible derivar leyes universales a partir de experiencias particulares. Popper fue más allá al decir que la inducción no ocurre lógicamente *ni psicológicamente* porque nuestra mente postula leyes y conceptos para interpretar sensaciones. Los conceptos son significaciones que asigna a ciertos objetos constituidos por la conciencia cierto comportamiento universal. En segundo lugar, hay que poner en duda la aserción de que existe algo así como “el” método científico. Recurrimos frecuentemente a lo que

⁺ © 2006, Creative Commons Corporation.

Bajo licencia exclusiva a Pedro M. Rosario Barbosa.

Se otorga el permiso a cualquier persona a distribuir copias *verbatim* de este documento por cualquier medio siempre y cuando se conserve este aviso, y que el que copie este material y lo distribuya le permita a terceras personas la redistribución con este aviso. No se permite versiones modificadas de este documento.

hemos llamado la “visión high-school” del método científico: comenzamos por la observación, generalizamos, formulamos hipótesis, si se confirma mucho experimentalmente se convierte en teoría, y si sigue triunfando experimentalmente se convierte en ley. Nada es más lejos de la verdad. La ciencia, contrario a lo que afirma Carr en el segmento que citamos, *tiene* que postular conceptos y leyes que le permitan interpretar la experiencia. Nuestro acercamiento al mundo es siempre conceptual, nunca se parte de la sensibilidad para hacer ciencia, sino que este ámbito conceptual está en un continuo “diálogo” con la experiencia.

La historia definitivamente no es ciencia natural, pero sí es ciencia en el sentido de que provee conocimiento, y al igual que las ciencias naturales busca explicar hechos históricos. Estas explicaciones inevitablemente dependen de las concepciones que tenga el historiador sobre cierto tema. Carr presenta el caso del debate sobre el problema de si Rusia es un país europeo o no lo es (113). Él critica la noción de que las ciencias naturales se dedican a lo universal mientras que a la historia lo más particular. Él afirma que ni la historia ni las ciencias naturales usan leyes universales en el sentido estricto. Esa afirmación es falsa. Tomemos, por ejemplo, las tres leyes de movimiento de Newton, que son literalmente universales, ocurren en todo momento y aplica a *todos* los fenómenos físicos. Esto es cierto sólo en las ciencias físicas, no en otras ramas de las ciencias naturales, y, por supuesto, tampoco en el caso de la historia. Los historiadores, por su uso de conceptos, tienen que generalizar a la hora de ofrecer una explicación de los hechos históricos, pero estas generalizaciones, como bien indica Carr, no pueden ser consideradas leyes universales como en el caso de las ciencias naturales (115-117). El señalamiento de Carr de relacionar lo individual con lo general (117-118) no dista mucho de la forma en que en las ciencias naturales se relaciona lo universal (o lo general) con los fenómenos particulares. En este sentido, las ciencias naturales y la historia son bien cercanas.

También se puede ver en el segundo punto que trata Carr una discusión paralela a la de la filosofía de las ciencias. Carr correctamente rechaza la aserción de que no podemos aprender nada de la historia. Para él, el hecho de que siempre nos fijamos en hechos observables es evidencia de que aprendemos de la historia mediante el uso de generalizaciones (120-21). En la filosofía de las ciencias ocurre eso mismo, porque algunos filósofos y pensadores importantes como Thomas S. Kuhn y Paul Feyerabend, ponen en tela de juicio nuestra capacidad de aprender de los fenómenos y de las teorías científicas en general. Sin embargo, nuestra habilidad de poder formular teorías y leyes que tienen mucho éxito explicativo, y que tienen gran poder de predicción, pueden indicar un aumento de conocimiento científico. De otra forma este éxito sería totalmente inexplicable.

En cuanto a su tercer punto, él trabaja muy bien el problema de las predicciones históricas. Por su propia naturaleza la historia no es como la física que formula leyes naturales por las que podemos predecir ciertos fenómenos específicos. Más bien, la historia busca explicaciones a los hechos científicos, y cualquier “predicción” aspira a ser una predicción probable y a corto plazo* en

* Carr se equivoca cuando afirma que los científicos ya no se entusiasman de hablar de leyes de la naturaleza. Los ejemplos que ofrece Carr (la manzana que no cae porque es recogida por alguien, entre otros ejemplos), son caricaturas de lo que quieren decir los científicos con la frase “leyes naturales” (119-20). Lo que postulan los científicos es que *dadas ciertas condiciones*, un fenómeno *tiene* que ocurrir como resultado de dichas condiciones *según lo estipulan las leyes de la naturaleza*.

el mejor de los casos. La subjetividad humana y las decisiones de los seres humanos, al igual que las serias limitaciones de experimentación, conllevan la imposibilidad de estipular “leyes históricas” que sean capaces de predecir lo que acontecerá específicamente (121-122). Tal vez el ejemplo más claro de ello sea el fracaso predictivo del materialismo histórico.

En su cuarto punto, Carr habla de la forma en que se desarrollan las ciencias sociales y las ciencias naturales. Para tratar el punto se compara constantemente los descubrimientos de la física moderna que tienen que ver con la física cuántica y las ciencias sociales. Hace alusión al principio de la indeterminación de Heisenberg y la influencia del “observador” sobre los cuantos. Esto supuestamente elimina la dicotomía entre “el observador” y “lo observado”, hay una interdependencia entre ambos (125-126). Carr lo compara con las ciencias sociales y la influencia del científico social sobre el objeto de su estudio, ya que para él no existe un “divorcio” entre el científico social y lo que éste estudia (127). Él reconoce que esta analogía entre las ciencias naturales y las ciencias sociales es “imperfecta” (126), pero que revelan unas verdades. Sin embargo, hay que tener mucho cuidado con esta analogía. Por ejemplo, no todos los físicos ni los filósofos de las ciencias aceptan con beneplácito la interpretación de Copenhague de la física cuántica. También hay que tener en cuenta que la influencia del “observador” tiene unos resultados bien específicos que están fuera del control del observador: por ejemplo, si un observador observa un cuanto, éste se manifestará como partícula, *pero no se manifestará de otra forma que no sea partícula aunque el observador desee otra cosa*. El resultado *objetivo* siempre es el mismo. Además, como argumentan algunos científicos, sería absurdo suponer que el universo existiera antes de que surgieran los seres humanos para observarlo, lo que obviamente implica una independencia ontológica de los objetos físicos con respecto al observador. Carr no supone un subjetivismo absoluto de las ciencias sociales, sino más bien que existe un “diálogo” entre el sujeto y el objeto (127-128). Sin embargo, este “diálogo” es bien distinto al del “observador” y lo “observado” en la física cuántica. Esta analogía de Carr parece un poco traída por los pelos. El diálogo del científico social con su objeto de estudio es más parecido en este caso al diálogo del científico natural con lo que éste estudia.

Como hemos visto, toda esta discusión que desarrolla Edward Carr en *¿Qué es la historia?* plantea uno de los problemas más importantes en filosofía de la historia y es la relación entre la historia con las ciencias naturales. Él ve la relación cercana de ambas disciplinas, y plantea unas preguntas sobre la cientificidad y objetividad tanto de la historia como de las ciencias sociales. De esta forma él contribuye a responder la pregunta “¿Qué es la historia?” al querer estipular la existencia y la importancia de lo objetivo y lo subjetivo en la historia. Sin tener en cuenta este diálogo entre ambos se desprecia un aspecto bien importante para la búsqueda de dicha respuesta.

Obra Citada

Carr, Edward H. *¿Qué es la historia?* 1983. Barcelona: Editorial Ariel, 1999.